

**EL PAPA DEL AÑO MIL: GERBERTO DE AURILLAC;  
SILVESTRE II**

Jesús Martínez Moro  
Universidad de Cantabria

¿Qué necesidad sintieron los directores del curso de dar dos nombres -Gerberto de Aurillac y Silvestre II- al papa del año 1000? Hubiera bastado, hubiera sido más exacto, mencionar en el título únicamente el nombre pontificio. Ya se encargaría el conferenciante de informar que el papa Silvestre II era Gerberto de Aurillac, un antiguo maestrescuela de Reims. Con toda seguridad ésta hubiera sido la manera de proceder con cualquier otro papa de la historia, incluso con aquellos pocos cuyos nombres personales son mencionados en los manuales de Historia General. ¿Qué, en el caso de Silvestre II, obliga a resaltar en primerísimo lugar la anterior personalidad del pontífice? La respuesta es fácil: estamos ante el intelectual más influyente de todo el siglo X. Incluso la sorprendente carrera eclesiástica de este monje de origen humilde -que durante los 4 últimos años de su vida ocuparía el trono de San Pedro y que anteriormente había sido abad de Bobbio, arzobispo de Reims y arzobispo de Rávena- sólo se explica por el enorme prestigio del maestro Gerberto. Con todo, aunque el hombre de escuela sea una figura histórica de rango muy superior al hombre de Iglesia, el motivo de incluirlo en este curso ha sido la feliz coincidencia de que fuera el titular de la Santa Sede en la fecha cuyo milenario celebramos ahora. Por esta razón, aunque invierta la historia personal de Gerberto de Aurillac, comenzaré valorando brevemente a Silvestre II, "el papa del año mil", dejando para una segunda parte más extensa la consideración del revolucionario maestrescuela de Reims, al que cabe titular "el intelectual (o el maestro) del año mil".

El primer papa de origen francés, también este es un honor que corresponde a Silvestre II, no forma parte del escogido club de los grandes pontífices medievales. Tampoco podemos decir que sea muy representativo del Papado de su tiempo. Para comprender la situación de la Sede romana al cumplirse el milenio de nuestra era, hay que remontarse más de un siglo atrás, hasta la muerte del último emperador carolingio, Carlos el Gordo, en 888, o incluso antes, hasta el asesinato del papa Juan VIII, en 882. Son los acontecimientos que dan comienzo al periodo más negro de la historia del pontificado católico, una larguísima crisis que se prolongaría durante todo el siglo X y la primera mitad del XI (hasta el sínodo de Sutri, de 1046). Durante siglo y medio, la ciudad y la Iglesia de Roma estuvieron dominadas por distintas facciones de la nobleza romana: sucesivamente, los Tehophilacto, los Crescencios, los Tusculum, dirigieron políticamente la Ciudad e impusieron sus candidatos en las sucesivas

designaciones pontificias. Esta situación presenta algunas excepciones en la segunda mitad del siglo X, todas debidas a intervenciones de los emperadores germanos, y nuestro papa del año 1000 pertenece a una de estas excepciones. Tanto él como su antecesor Gregorio V fueron designados por Otón III, formando parte ambas designaciones de un ambicioso proyecto político: la construcción de un imperio universal con capital en Roma. El mismo nombre adoptado por Gerberto al ocupar el trono de San Pedro guarda relación con las ínfulas imperiales de Otón III, rememorando sin duda la fabulosa relación entre Silvestre I y Constantino el Grande<sup>(1)</sup>.

Efectivamente, Silvestre II, papa desde abril del año 999 hasta su muerte en mayo del 1003, concibió su propia figura estrechamente unida a los designios políticos de Otón III, de quien fuera un íntimo colaborador. Conviene recordar las reiteradas manifestaciones de fidelidad a la dinastía sajona, que Gerberto hiciera a lo largo de su vida. Por ejemplo, leemos en su carta n° 159<sup>(2)</sup>:

"Jamás he prestado a ningún mortal juramento salvo a Otón (II), César de feliz memoria. Y pensé que este juramento se extendía a la Señora Théophano y a su hijo, el augusto Otón, ya que, en cierta manera, entendía que se trataba de una sola cosa en tres".

O bien, en la carta n° 185:

"Durante tres generaciones, he mantenido una fidelidad inviolable con vos, con vuestro padre y con vuestro abuelo... Por defenderos he expuesto mi humilde persona a los furores de los reyes y de los pueblos".

El problema de una relación tan estrecha con el emperador radicaba en que la aristocracia romana no estaba dispuesta a ceder su ciudad y sólo pensaba en desembarazarse de la autoridad imperial que consideraba extranjera. Esta oposición se manifestó durante la primera mitad del año 1000, aprovechando la ausencia de Italia de Otón III. A su regreso en agosto la situación pareció calmarse; pero pocos meses más tarde, a mediados de enero del 1001, los romanos se sublevaron abiertamente y ocuparon el castillo de Sant-Angello, la gran fortaleza que simbolizaba el poder sobre la Ciudad. Al frente de los sublevados estaban Crescencio, hijo de Crescencio II (el patricio romano ajusticiado por Otón III en 998), y Gregorio de Tusculum, cabeza de la otra gran familia noble de Roma. El emperador decidió abandonar la Ciudad y establecer su Corte en Rávena. Con él marchó el papa Silvestre II. Apenas

---

<sup>1</sup> Irónicamente, Otón III será el primero en denunciar el carácter espurio de la "Donación de Constantino" en un célebre edicto de enero de 1001. La "Donación" dificultaba los derechos del emperador, pues en ella Silvestre I recibía la ciudad de Roma, Italia e incluso todo el Occidente.

<sup>2</sup> De Gerberto conservamos una correspondencia de 220 cartas. Editadas por J. Havet, *Lettres de Gerbert* (983-997), París 1889.

un año más tarde (24-I-1002), cuando intentaba recuperar la capital de su soñado Imperio, el joven Otón murió víctima de unas violentas fiebres; contaba apenas 22 años.

Tan inesperado acontecimiento vació repentinamente de sentido la alianza del pontífice con la política del emperador difunto; porque el sucesor de éste, su primo el duque Enrique de Baviera, hombre extremadamente piadoso pero también muy realista, abandonó inmediatamente las veleidades universalistas de Otón. Enrique II quiso ser ante todo rey de los germanos, y se mantendrá alejado de los intereses italianos. Los romanos, satisfechos con haber recuperado su independencia, "no impidieron el regreso del papa a Roma y dieron plena libertad a aquel anciano que parecía inofensivo"<sup>(3)</sup>. Silvestre II fallecerá en mayo del año 1003, quince meses más tarde que su amigo Otón III; el pontificado había durado cuatro años. Con él finaliza el breve paréntesis introducido por la política imperial de Otón III en la historia del Papado. Los tres sucesores de Silvestre -Juan XVII, Juan XVIII y Sergio IV- serán designados por la voluntad y con el apoyo de los Crescencios (y posteriormente los Tusculum impondrán sus candidatos en la mayor parte de las nominaciones pontificias, hasta el año 1046).

Hay dos actuaciones eclesiásticas del papa Silvestre II, igualmente ligadas al ideal imperial de Otón III, que merecen un particular recuerdo dada su trascendencia política. Me refiero al reconocimiento de las Iglesias polaca y húngara mediante la creación, los años 1000 y 1001, de dos nuevas provincias eclesiásticas dependientes de la Santa Sede, con las consecuentes fundaciones de las respectivas sedes metropolitanas. Desde la perspectiva del emperador eran pasos necesarios para estabilizar las relaciones con los estados emergentes en la frontera oriental de Alemania. Había que reconocer y consolidar dichos estados para que pudieran formar parte de la constelación imperial. El propio Silvestre II envió desde Rávena la corona real al duque Esteban de Hungría.

¿Cómo un hombre preclaro pudo sentirse atraído por un proyecto que nos parece tan escasamente realista? Esta pregunta se plantea inevitablemente con respecto a Silvestre II. Como en tantos otros casos, las circunstancias justifican satisfactoriamente la aparente falta de perspicacia política. Porque el papa del año 1000, al margen de su *finesse* política, estaba forzado a elegir entre dos puntos de apoyo posibles, la aristocracia romana o el emperador. Silvestre II dependía *ab origine* del segundo, formaba parte del intento de Otón III de establecer su trono en la Ciudad Eterna: estaba objetivamente enfrentado a las ambiciones de los clanes de Roma. A

---

<sup>3</sup> Pierre Riché, *Gerbert d'Aurillac. Le pape de l'an mill*, París, 1987, pág. 228. Esta obra es para mí un verdadero modelo de biografía rigurosa.

pesar de que ésta parece una explicación suficiente, suelen hacerse alusiones a la disposición psicológica de un papa que era ante todo un intelectual. Es cosa sabida que los intelectuales son amantes de las construcciones teóricas -como el "imperio universal" de Otón- y padecen una sorprendente ceguera de orden práctico. Pero el argumento no cuadra bien con la psicología de Gerberto de Aurillac, que en el gobierno ordinario de las cuestiones eclesiásticas y, sobre todo, en su actividad como docente demostró poseer un sentido pragmático dominante. En esta ocasión la idea genérica de las deficiencias políticas de los intelectuales parece falsa. Aquí nos ha de servir para desembocar finalmente en el campo que Gerberto hubiera elegido para mostrarse a sí mismo. Porque, sobre todo y a lo largo de toda su vida, mantuvo la pasión por el saber y el enseñar cualesquiera que fueran sus otras responsabilidades eclesiásticas (como abad, arzobispo o papa). Es en la historia de la cultura donde la figura de Gerberto alcanza una dimensión imponente.

Algunos datos biográficos de la juventud y primera madurez de Gerberto resultan extremadamente significativos. Nuestro hombre encontró su propio camino con sorprendente decisión; sus pasos parecen tan firmes y tan cargados de sentido que se diría estaban predestinados. Gerberto hizo los primeros estudios en la abadía de San Gerardo de Aurillac, reformada por Cluny, próxima al lugar donde había nacido entre los años 945 y 950. Muy probablemente fueran las dotes excepcionales mostradas por el joven estudiante las que movieron al abad a enviarlo a Cataluña con el fin de que allí ampliara sus conocimientos. Marchó formando parte del séquito del conde Borrell de Barcelona, que había acudido a Aurillac a venerar la tumba de San Gerardo. En los tres años pasados en Vich, del 967 al 970, estuvo confiado al obispo Hatton, un sabio en "matemáticas", según nos informa Richer de Saint-Remi, el biógrafo de Gerberto<sup>4</sup>. Éste, además, tuvo ocasión de tomar contacto con la ciencia árabe. Basta con recordar que Vich está a 20 km. de Ripoll y que en este monasterio, en tiempos del abad Arnulfo (948-970), se habían copiado traducciones latinas de obras árabes sobre astronomía, geometría y aritmética. Ciertamente el alcance de las influencias recibidas en esta etapa catalana son difíciles de precisar, sin embargo la trayectoria posterior de Gerberto hace pensar que entonces debió despertarse su interés por las artes de los números, un interés que mantendrá toda su vida.

Aún más decisivas para el futuro de nuestro monje serían las consecuencias de su primera estancia en Roma entre los años 970 y 972. Viajó acompañando al obispo Hatton, nuevamente dentro del séquito del conde Borrell que en esta ocasión peregrinaba a la tumba de San Pedro. En la Ciudad Eterna Gerberto conoció al

---

<sup>4</sup> La vida de Gerberto y los acontecimientos en los que éste participó (hasta el año 995) forman parte de la *Histoire de France* de Richer de Saint-Remi (ed. por Robert Latouche, París 1964, 1ª ed. 1937). Richer había estudiado con el maestro Gerberto en la escuela de Reims.

emperador Otón I y muy probablemente diera lecciones al joven príncipe heredero Otón (de 16 años), naciendo entre maestro y discípulo una amistad duradera. Éste es el comienzo de la relación de Gerberto con la familia imperial de la casa de Sajonia; relación que explica buena parte de la sorprendente carrera eclesiástica de un hombre de origen humilde (por voluntad de Otón II fue abad de Bobbio, y por voluntad de Otón III fue primero arzobispo de Rávena y luego titular de la Sede de San Pedro).

Pero Gerberto trabó en Roma otra relación de efectos más inmediatos para su porvenir; cuyas consecuencias en la historia de la cultura sobrepasan largamente el tiempo de vida de nuestro hombre y deben ser valoradas utilizando el largo plazo. Con el fin, probablemente, de asistir a la boda del príncipe Otón con la princesa griega Teófano -que tuvo lugar el 14 de abril del 972- llegó a Roma una embajada del rey Lotario encabezada por el archidiacono de Reims, el maestro Gerannus, al que Richer apoda "el lógico". Lo cual quiere decir que el fuerte del maestro Gerannus era la dialéctica; por su parte, Gerberto enseñaba las artes de los números. En cierto sentido se complementaban y entre ambos nació rápidamente una comunidad de intereses tan fuerte que Gerberto solicitó el permiso del emperador para marchar junto con Gerannus a Reims. Como evidencia la posterior historia de Gerberto, la propuesta de trabajar en la escuela episcopal de Reims apuntaba en el sentido de su verdadera vocación; e igualmente habría sido seducido por las referencias que Gerannus le hiciera de la rica biblioteca catedralicia. Por esta decisión, desinteresada de los beneficios materiales que le aguardaban al servicio de la corte imperial, la figura de Gerberto crece a nuestros ojos, y su persona se hace merecedora de todo el reconocimiento que debemos a su obra.

Durante 25 años, del 972 al 997, con un breve paréntesis entre el 981 y 983, la escuela de Reims estuvo bajo la autoridad directa de Gerberto, como maestrescuela primero y después como obispo<sup>5</sup>. Su aportación a la historia de la cultura está íntimamente ligada al magisterio que ejerciera en Reims. El maestro Gerberto revolucionó el *curriculum* docente de las siete artes liberales que la Edad Media había heredado de la Antigüedad. Las artes de las letras o *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y las artes de los números o *quadrivium* (aritmética, geometría, astrono-

---

<sup>5</sup> Entre 981-983 Gerberto estuvo en Italia; es entonces cuando recibió el nombramiento como abad de Bobbio por voluntad de Otón II. Nosotros nos interesaremos por la personalidad intelectual de Gerberto (como maestro y como autor), dejando a un lado las vertientes eclesiástica y política de su actividad, con ser ambas muy importantes. Como secretario del arzobispo Adalberón intervino en la instauración de la dinastía Capeta. Entre los años 991 y 997 Gerberto ocupó la sede arzobispal de Reims; y cuando fue forzado a abandonar su sede se exiló a tierras del Imperio. Los siete últimos años de su vida transcurrieron en Alemania y en Italia, al servicio de Otón III. Por voluntad del emperador Gerberto fue nombrado arzobispo de Rávena (abril de 998) y, posteriormente, papa (en abril del 999).

mía y música). En teoría, este modelo de siete disciplinas era uniformemente aceptado por las escuelas medievales desde la reforma cultural que Alcuino y Carlomagno llevaron a cabo dos siglos atrás. Pero la fundamental orientación exegética que tuvieron las escuelas carolingias, así como la perentoria necesidad política de crear un cuerpo social de letrados (*i.e.* de gentes capaces de leer y escribir en latín) para la administración del Imperio, hipertrofiaron el papel de la Gramática. En la enseñanza de los siglos IX y X, la Gramática reinaba cómodamente sobre todas las demás artes. Dictaba sus reglas entre las disciplinas del *trivium* sin el menor contraste de pareceres; pues en el pensamiento cristiano la Retórica estaba desprestigiada por no atender a la Verdad y el uso de la Dialéctica planteaba demasiados problemas teológicos. Las disciplinas del *quadrivium*, por su parte, eran prácticamente ignoradas en las escuelas monásticas de los siglos IX y X. Contra este estado de cosas están dirigidas las innovaciones del maestro Gerberto, enfrentadas tanto a la costumbre de una enseñanza fundamentalmente gramatical, como a ciertas resistencias ideológicas cristianas. Gerberto no entrará nunca en polémicas teológicas sobre el valor de la Retórica, la conveniencia de la Dialéctica o la importancia de los conocimientos matemáticos y astronómicos; pero en la escuela de Reims, regentada por él, todas estas disciplinas comenazaron a ser recuperadas.

Richer de Saint-Remi, discípulo y biógrafo de Gerberto, da una rica información de la actividad docente de éste<sup>(6)</sup>. Sabemos que en la enseñanza de la Retórica utilizaba los manuales clásicos (los de Cicerón y el comentario sobre la retórica ciceroniana de Mario Victorino). Y también nos es dado imaginar al maestro de Reims desplegando ante sus discípulos veintitantas hojas de pergamino cosidas, conteniendo un gran cuadro ideado por él, útil, según sus propias palabras, para "aquellos que quieren comprender y recordar las figuras retóricas" (carta nº 92). En fin, el gusto de Gerberto por el bello estilo queda patente en su correspondencia. En una de las cartas (nº 118) llega a definir su propia actitud intelectual y moral diciendo: "he hecho caminar siempre unidos el estudio del bien vivir y el estudio del bien decir", una expresión semejante a la antigua máxima del rétor Quintiliano, *vir bonus dicendi peritus*.

No obstante será en la tercera de las artes del *trivium*, la Dialéctica, considerada por Gerberto como la primera de todas, donde su magisterio alcance mayor trascendencia histórica. Para hacernos una idea basta con la noticia que nos da Richer de las obras leídas y comentadas por el maestro en la enseñanza del arte de la Dialéctica. Dice:

---

<sup>6</sup> Richer de Saint-Remi, *op.cit.*, III, 43-54.

"Gerberto comenzó por el Isagogé o 'introducción' de Porfirio según la traducción de Victorino el rétor y también según la de Manlio, explicó el tratado de Aristóteles sobre las categorías o predicados, luego expuso a la perfección el contenido del tratado Peri hermeneias es decir el De interpretatione. Enseñó finalmente a sus oyentes los Tópicos, es decir el fundamento de las pruebas que Cicerón ha traducido del griego al latín y del cual el cónsul Manlio ha dado un comentario en seis libros".

Tenemos: el *Isagogé* de Porfirio, las *Categorías* y el *De interpretatione* de Aristóteles y la versión que hiciera Cicerón de los *Topicos* aristotélicos; es decir, en la escuela de Reims encontramos reunido por primera vez el canon clásico de lo que posteriormente será como *logica vetus*. La logica utilizada por los maestros medievales hasta la segunda mitad del siglo XII, la lógica por tanto de autores como Pedro Abelardo y Gilberto de la Porrée. Por dos veces, el texto de Richer menciona también a un tal Manlio, del cual se nos informa que fue cónsul, traductor y comentarista. No es otro que Anicio Manlio Severino Boecio; para nosotros Boecio, el gran autor y político romano que a comienzos del siglo VI tradujo al latín y comentó algunos tratados lógicos de Aristóteles y alguna otra obra del pensamiento y la ciencia griegos. Boecio está en el origen de la larga y trascendental peripecia que fue la recuperación por Occidente del pensamiento aristotélico, pero las traducciones y los comentarios boecianos durmieron el sueño de los justos en las bibliotecas altomedievales durante más de trescientos años, hasta la época de Gerberto de Aurillac, quien sería el principal agente de su revitalización.

El saber del maestro Gerberto abarcaba igualmente las artes del *quadrivium*, las artes de los números. En ellas se nos muestra imbuido de un fuerte sentido práctico de las matemáticas y de su enseñanza. Fue el introductor en Occidente, o uno de los introductores, del ábaco; se le atribuye la autoría de un pequeño tratado sobre su utilización, una *Regula de abaco computi*, y él mismo construyó una tabla de cálculo. Compiló un manual de *Geometría* que contenía extractos del *Ars geometriae* atribuido a Boecio, pero sobre todo contenía un extenso material de geometría aplicada, de planimetría, un material sacado de manuales de los agrimensores antiguos. El interés de Gerberto por la astronomía queda bien claro en algunas de sus cartas. Según nos informa Richer, su magisterio en esta disciplina no se limitaba al comentario de los enciclopedistas tradicionales -Plinio, Isidoro, Martianus Capella, Macrobio-, sino que la enseñanza tenía también una vertiente experimental. El discípulo habla con admiración de las cuatro grandes esferas construidas bajo la dirección del maestro para la observación directa de los astros. Posteriormente, en 984, Gerberto solicitó a sus contactos en Cataluña que le enviaran un tratado sobre el astrolabio, el *De astrologia* -traducido del árabe por un clérigo de la catedral de Barcelona-, gracias al cual pudo a su vez escribir un manual sobre tan importantísimo instrumento de observación astronómica. También en la enseñanza de la música,

última de las artes del *quadrivium*, podemos observar los grandes recursos pedagógicos de Gerberto; quien construyó para sus alumnos un instrumento musical, el monocordio, compuesto de la caja de resonancia y una sola cuerda, que permitía calcular las vibraciones sonoras.

Resumiendo: en 6 de las 7 disciplinas del curriculum escolar (todas salvo la Gramática) encontramos las huellas de Gerberto, y de estas huellas parten algunos de los caminos que conducen hasta el siglo XII. Es el caso, fundamentalmente, de la recuperación de la dialéctica -y con ella de Aristóteles-; y también es el caso de la importancia concedida a las artes de los números.

La exposición de los elementos novedosos en la enseñanza de Gerberto no puede olvidar que el maestro confiaba sus alumnos a un "sofista", a fin de que se ejercitasen en la controversia y aprendiesen a responder adecuadamente a las cuestiones suscitadas. Para hacernos una idea de aquellos ejercicios escolares contamos con el ejemplo famoso de la disputa filosófica (sobre la división de la Filosofía) que tuvo lugar en Rávena el año 981. Aquella fue una justa de ideas presidida por el emperador Otón II, con dos ilustres maestros por contendientes, Otric de Magdeburgo y Gerberto de Reims. Como dice Pierre Riché, esta solemne *disputatio* de Rávena pertenece "un género bastante reciente en los medios escolares de la época"<sup>(7)</sup>. Es bien conocido que la definitiva integración del debate en el método de enseñanza de las escuelas del siglo XII resultaría decisiva para la articulación característica del pensamiento escolástico; de tal manera que también en este punto la docencia de Gerberto parece estar anunciando un proceso cultural de largo plazo.

Un último rasgo 'accidental' da modernidad (para su tiempo) al maestrescuela de Reims; me refiero al hecho mismo de ejercer en una escuela de radicación urbana. A finales del siglo X las escuelas catedralicias francesas eran aún escasas. Será a lo largo del siglo XI, el que sigue a la muerte de Gerberto (1003), cuando dichas escuelas y sus maestros se sitúan al frente del pensamiento bajo-medieval, desplazando definitivamente a la tradicional escuela monástica, de ubicación generalmente rural. Es un fenómeno complejo de la mayor trascendencia en la historia cultural de Occidente, y nuestro maestrescuela no se limitó a estar pasivamente en los comienzos del mismo, nuestro maestrescuela participó muy activamente en sus orígenes. Su influencia se deja sentir a través de sus antiguos alumnos, algunos de los cuales fundaron o dirigieron algunas de las escuelas catedralicias del siglo XI. Aunque no pueda asegurarse que el obispo Fulberto de Chartres recibiera el magisterio directo de Gerberto, sí se puede afirmar que la obra de este último influyó decisivamente tanto en Fulberto como en la escuela fundada por él en 1006. Ésta es la famosa escuela de Chartres, llamada a representar un papel de primerísimo orden en la

---

<sup>7</sup> P. Riché, *op.cit.*, pág 62

historia de las escuelas urbanas medievales, hasta el punto de ser considerada el mejor exponente de lo que los historiadores han denominado "renacimiento del siglo XII".

Quisiera completar este panegírico del Gerberto-maestro con una breve referencia a un Gerberto-filósofo. Autor cristiano que, sin embargo, no escribió tratados teológicos ni exegéticos; ni siquiera lo vemos especialmente interesado por la literatura sagrada (excepción hecha del derecho canónico). Por el contrario, lo vemos en perpetua búsqueda de libros profanos. Los hace copiar en Roma, en Italia, en Alemania; proporciona el pergamino y el dinero; los solicita a sus amigos catalanes; y no manifiesta ningún escrúpulo por la utilización de autores profanos. Ciertamente es inútil esperar algún pensamiento filosófico original de un maestro del siglo X, sin embargo la familiaridad de Gerberto con los textos lógicos que comentaba ante sus alumnos, le permitió intuir muy tempranamente la problemática de los "universales", es decir el tema filosófico que será dominante en el pensamiento del siglo XII. En este sentido, cabe hacer una observación mínimamente crítica a una reciente monografía de Alain de Libera que estudia la historia de la "querella de los universales". (Vaya por delante el reconocimiento de que se trata de un trabajo indispensable sobre el tema.) En el origen de la secuencia medieval de la "querella" estarían la traducción hecha por Boecio del *Isagóge* de Porfirio, y el comentario del propio Boecio. Pero del capítulo titulado *El universal según Boecio*, De Libera pasa directamente a estudiar lo que denomina *Las sectas del siglo XII*, dejando así un vacío de casi seis siglos de inconsciencia del problema filosófico. Tal vez se haya cometido una injusticia omitiendo a Gerberto, cuyo nombre ni siquiera encontramos tabulado en el *Index nominum*. Parece indiscutible que fueron los textos de Boecio antes mencionados los que directamente conocieron los autores del siglo XII; en este sentido, la secuencia histórica en la que éstos siguen a aquél no puede ser motivo de objeción. Sin embargo, aunque Gerberto no forme parte de la cadena efectiva de transmisión del tema de los "universales", creo yo que en una monografía de 500 págs. de letra apretada debería hacerse alguna mención a su tratado lógico *De rationali et ratione uti*, escrito a solicitud de Otón III. Al debatir allí sobre la distinción de los predicados aristotélicos en esenciales y accidentales, Gerberto toca el fondo del problema que debatirán encarnizadamente los pensadores occidentales del siglo XII.

Llega el momento de relativizar un poco la figura del maestro Gerberto. Nos basta con una consideración muy elemental: los rasgos de su personalidad intelectual no le pertenecen en absoluta exclusividad. Por ejemplo, cierto desinterés por la ciencia sagrada o el gusto por los clásicos son características de la época, aunque, eso sí, en Gerberto presentan una radicalidad inusual. También podemos hacer una reflexión sencilla al hilo de lo expuesto, pues Otric, el maestrescuela de Magdebur-

go contrincante en Rávena de Gerberto, tenía que conocer necesariamente las normas de la *disputatio*, que probablemente formase parte de su práctica escolar. Y, sobre todo, hay al menos un autor contemporáneo, Abbon de Fleury, maestro en la escuela del monasterio de Fleury-sur-Loire, que se asemeja a Gerberto en rasgos muy significativos. Así en el interés por las artes del *quadrivium*: Abbon escribió un tratado sobre el sol y los planetas, y sabemos de él que enseñaba aritmética. Para facilitar el estudio de la Gramática latina redactó unos "problemas gramaticales" que evocan los recursos docentes de Gerberto. Pero el rasgo más sobresaliente que ambos maestros comparten es su especial atención a la Dialéctica. Cuando dos autores presentan tantas similitudes y éstas no pueden justificarse satisfactoriamente por la influencia de uno sobre el otro, se hace necesario encontrar una fuente común. No tendremos que buscar muy lejos: Abbon había estudiado en Reims antes de la llegada de Gerberto, por tanto la escuela de Reims es (o bien, en la escuela de Reims está) la fuente común que buscamos. Esto significaría que los procesos intelectuales que a nuestros ojos Gerberto de Aurillac representa mejor que ningún otro, estaban ya en marcha cuando éste llegó a Reims el año 972. Dando un paso menos firme, podemos aventurar la hipótesis de que aquel "maestro Gerannus", el archidiácono de Reims que descubriera al joven Gerberto en Roma, no se limitó a fichar una futura gran figura; cabe la probabilidad de que Gerannus cumpliera un papel mucho mayor en una aventura del pensamiento que, al fin y al cabo, se estaba originando en el seno de la escuela donde él mismo ejercía su magisterio. No nos olvidemos de que el maestro Gerannus fue apodado "el lógico", aludiendo a que la enseñanza de la Dialéctica era su especialidad.

Por mucho que sea el reconocimiento que merezcan algunos predecesores y coetáneos de Gerberto, ello no desmerece un ápice la consideración que debemos a éste. Su nombre está engarzado en una larga y prodigiosa cadena de maestros y discípulos de la cual conocemos prácticamente todos los eslabones. Una cadena que partiendo de Beda el Venerable y la escuela de York (en la primera mitad del siglo VIII), pasa por Alcuino, por Rábano Mauro y la escuela de Fulda (los dos astros más brillante del "renacimiento carolingio"), y llega hasta Gerberto y la escuela de Reims (en la segunda mitad del siglo X)<sup>8</sup>. Es un sorprendente linaje magisterial, un árbol genealógico, del que hemos seleccionado cuatro nombres (Beda, Alcuino, Rábano y Gerberto) que por sí solos resumen la evolución dominante del pensamiento occidental a lo largo de tres siglos (los siglos VIII, IX y X). El último de

---

<sup>8</sup> La cadena completa de 'maestros > discípulos' sería: Beda el Venerable (m.735) > Egberto de York (m.766) > Aethelberto de York > Alcuino de York (m.804) > Rabano Mauro (m.856) > Lupus de Ferrières (m.862) > Heiric de Auxerre (m.d.908) > (?) > Gerannus (m.d.972) > Gerberto de Aurillac (m.1003). Sólo desconocemos algún/os eslabón/es correspondiente/s al siglo X. Heiric de Auxerre enseñó en Reims pero nada sabemos de sus discípulos, entre los que difícilmente pudo estar Gerannus.

ellos es Gerberto de Aurillac, quien no se limitó a recoger el testigo en la escuela de Reims, probablemente de manos del maestro Gerannus, sino que transformó profundamente la herencia recibida, disponiéndola en el sentido que habían de tener las nuevas y grandes aventuras intelectuales de los siglos XI y XII.

Hace más de 40 años, R.W. Southern, en un estimulante y conocido ensayo sobre la Edad Media (*The Making of the Middle ages*, 1953), situaba el comienzo de la recuperación de Europa occidental, tras los destrozos de las 'segundas invasiones', en relación con dos eventos: la batalla de Lech, del 955, en la que Otón I derrotó definitivamente a los húngaros, y la llegada de Gerberto a Reims, en 972, tras sentirse llamado al estudio de la lógica<sup>(9)</sup>. En una obra mucho más reciente, de 1986, sobre las 'artes liberales' en la Edad Media (*The Seven Liberal Arts in the Middle Ages*, 1986), David L. Wagner adopta igualmente el viaje de Gerberto a Reims como punto de arranque para un nuevo periodo del pensamiento. Textualmente Wagner dice preferir el año 972 al 1100, "no sólo a causa de la asociación (de Gerberto) con la lógica, sino también porque... jugó un papel capital tanto en el Renacimiento del siglo XII como en la recuperación del saber griego"<sup>(10)</sup>. Según esto, Gerberto desplazaría a San Anselmo (;nada menos!) como primera gran figura de referencia del denominado "renacimiento del siglo XII". Por este papel, cuyas varias facetas he pretendido mostrar brevemente, el maestrescuela de Reims tiene un puesto entre los elegidos en la historia del pensamiento.

---

<sup>9</sup> R.W. Southern, *La formación de la Edad Media*, Madrid, 1955. Ver págs. 19-20 y 188-193 de la edición de 1980.

<sup>10</sup> D. L. Wagner, "The Seven Liberal Arts and Classical Scholarship", en *The Seven Liberal Arts in the Middle Ages* (ed. by David L. Wagner), Indiana Univ. Press, 1986, pág. 23.